

NUEVAS TEN DENCIAS.



Universidad
de Navarra



EMPRESA Y
HUMANISMO
FACULTAD DE ECONÓMICAS
Y EMPRESARIALES

#100
JULIO 2018



Golda Meir, ahora o nunca

GOLDA MEIR PERTENECE A ESA ESTIRPE DE MUJERES QUE CAMBIARON EL CURSO DEL SIGLO XX. PESE A LA FAMA QUE DISFRUTÓ EN VIDA, HOY ES CASI DESCONOCIDA FUERA DE ISRAEL. SIN EMBARGO, SU APASIONANTE BIOGRAFÍA DEMUESTRA QUE NO HAY LÍMITES PARA EL ESFUERZO... Y TAMPOCO PARA LA AMBICIÓN.

IGNACIO URÍA

VALORES Y CONTRAVALORES DEL 68

JAUME AURELL

POLÍTICAS DE LA HOSPITALIDAD

MONTSERRAT HERRERO

EL ISLAM Y EL NEO- LIBERALISMO

MARCO DEMICHELIS

DESCIFRANDO LA BLOCKCHAIN

VARIOS AUTORES

El 12 de mayo de 1948, dos días antes de la creación del estado de Israel, una judía de cincuenta años cruzó vestida de árabe la frontera entre Palestina y Transjordania. Iba a entrevistarse con Abdalá I —aliado de Gran Bretaña y dispuesto a aceptar la división de Palestina— para pedirle neutralidad en la inminente guerra que los países árabes iban a declarar a Israel. Esa mujer se llamaba Golda Meir y había nacido en Ucrania, crecido en los Estados Unidos y entregado su vida personal y familiar a un solo objetivo: fundar el estado judío. El rey Abdalá le preguntó por qué se apresuraban a declarar la independencia. Meir le respondió: «Nuestro pueblo lleva esperando dos mil años. ¿Cómo puede llamar a eso “prisa”? Es ahora o nunca».

1898-1921. EL FRÍO Y EL HAMBRE

Sindicalista, profesora, madre por partida doble, embajadora, parlamentaria y única mujer firmante de la declaración de independencia de Israel. Solo ella ha sido primera ministra de ese país (1969-1974), la tercera en el mundo después de la célebre Mrs. B. (Sirimavo Bandaranaike) de Sri Lanka en 1960 e Indira Gandhi en la India en 1966.

Golda Mabovitch, su verdadero nombre, nació en Kiev en 1898. Séptima de ocho hermanos pasó una infancia de penurias agravada por los pogromos antisemitas. Después del fallecimiento de cinco hermanos por enfermedades infantiles, en 1906 su familia emigró a los Estados Unidos.

Más adelante, confesó que los principales recuerdos de su niñez se asocian al frío y al miedo. «El recuerdo más nítido de todos es estar asustada». Si buscamos

Golda Meir fue una de los veinticinco firmantes del acta de creación (de Israel). La única mujer.

una explicación al rumbo de su vida, la encontraremos en su determinación de que ningún niño judío sufriera jamás lo que ella sufrió en Rusia. Ese dolor forjó el carácter de Golda, una mujer firme hasta la obstinación y tenaz hasta la inclemencia.

De los ocho a los catorce años vivió en Milwaukee (Wisconsin, Estados Unidos). Su familia respetaba las tradiciones judías (el sabbat, alimentos kosher, Yom Kippur...), pero la religión apenas influía en su vida. Después de un desencuentro con sus padres, se mudó a Denver con su hermana mayor. En esos me-

ses, comenzó a participar en las reuniones de un grupo sionista de izquierdas. La utopía revolucionaria cautivó a Golda, pero con una variante: ella era judía, así que el internacionalismo obrero pasaba a segundo plano. Su sueño estaba en Palestina, adonde miles de israelitas regresaban cada año.

En Denver conoció al pintor Morris Meyerson, un judío-americano intelectual y pacífico con el que se uniría años después. La condición para casarse ilustra de nuevo la personalidad de Meir: emigrar a la tierra de los judíos. Morris estuvo de acuerdo. No le quedó alternativa.





1921-1939. IDEALISMO Y REALIDAD

En 1921, los Meyerson llegaron a Palestina en la tercera ola de inmigración hebrea. La inmensa mayoría de los que llegaban eran jóvenes y sionistas. Llegaban dispuestos a fundar una nueva sociedad basada en la justicia social y la libertad. El socialismo marcaría el rumbo de Israel en el siguiente medio siglo, aunque alejado del totalitarismo soviético. Por deseo de Golda, se establecieron en un kibutz, las colonias agrícolas colectivas de propiedad compartida. Allí criaron pollos y estudiaron hebreo, una lengua que ella nunca dominó y que él menospreciaba. Obviamente, Morris duró poco entre verduras y cabras, así que decidió irse a Tel Aviv, que vivía en pleno desarrollo arquitectónico Bauhaus. Golda lo consideró una deslealtad, pero partió con su marido. En Tel Aviv solo encontraron trabajos esporádicos, por lo que se trasladaron a Jerusalén. En la capital, Golda se mantuvo al margen de la política, más aún cuando nacieron sus hijos Menahem, en 1924, y Sara, dos años más tarde. El matrimonio parecía recuperarse, pero apenas sobrevivían económicamente. En su autobiografía, Meir calificó esos años como los peores de su vida.

Abrumada por las cargas familiares y la indiferencia de su esposo, decidió que era el momento de volver a la política. En 1928 le ofrecieron dirigir la rama femenina del sindicato Histadrut. Aceptar suponía entregarse a la organización obrera y, de hecho, reconocer su fracaso conyugal. De mutuo acuerdo, dejaron de vivir juntos, pero nunca llegaron a divorciarse. Él falleció en 1951. Ella no tuvo pareja estable nunca más.

En poco tiempo, Golda entró en el Comité Ejecutivo del sindicato, presidido por David Ben Gurion, principal figura sionista y futuro primer ministro. Esta designación elevó a Meir al máximo nivel, si bien su relación con Ben Gurion nunca resultó cercana. Pese a aceptar su indiscutible liderazgo, Meir lo consideraba soberbio y rudo, aunque reconocía que era un líder arrollador. Su primer desacuerdo llegó en 1937 cuando Ben Gurion aceptó una propuesta británica de partición en dos de Palestina. Meir se opuso porque defendía un estado asentado a ambas orillas del río Jordán: creía en el gran Israel bíblico. En Alemania ya gobernaba el Partido Nazi y el éxodo de judíos se había acelerado. ¿Dónde iban a acogerlos si renunciaban al 80 por ciento de su tierra? Aunque Ben Gurion compartía ese análisis, apostaba por una estrategia de avances progresivos, porque Gran Bretaña no aceptaba desafíos. Los judíos debían actuar con hechos consumados. Golda nunca compartió esa táctica, aunque tampoco creía en la sociedad militarizada que defendían los derechistas.

Con el estallido de la Segunda Guerra Mundial, Meir emergió como portavoz cualificada de la causa israelí. Los británicos la respetaban por su capacidad de negociación, así que en 1946 se convirtió en su principal interlocutora para un nuevo plan de partición de Palestina. Previamente, habían arrestado a muchos activistas judíos, incluido Moshe Sharet, director de la Agencia Judía. ¿Quién lo sustituyó? Golda Meir, que se convirtió en jefa provisional del departamento de Estado.

En esos días, demostró que podía compatibilizar las conversaciones sobre Palestina con los intentos para liberar a los líderes en prisión. Era la única que hablaba inglés y yidis con soltura, lo que también le permitió dirigir la interlocución con la resistencia judía. Las negociaciones con Londres fructificaron en un acuerdo que se llevó a las Naciones Unidas el 29 de noviembre de 1947, donde se decidió la creación de dos estados en Palestina: uno árabe, otro judío. A favor votaron 33 países, entre ellos, los Estados Unidos y la URSS, Gran Bretaña se abstuvo y los trece países árabes se opusieron. A continuación, amenazaron con una guerra y los disturbios se extendieron por toda Palestina.

1948-1968. LIBERTAD ENTRE BOMBAS

Después de unos meses de violencia callejera e intentos de evitar el conflicto, Israel declaró unilateralmente su independencia el 14 de mayo de 1948. Golda Meir fue una de los veinticinco firmantes del acta de creación (de Israel). La única mujer. Para esa rúbrica, Ben Gurion les pidió que judaizasen su nombre (él se llamaba realmente David Grün). Golda fue de los pocos que ignoró la petición y firmó con su apellido americano: Meyerson.

El nuevo estado necesitaba urgentemente fondos que le permitieran salir adelante. Golda partió para Estados Unidos, donde existía una notable comunidad judía. Pese a que la mayor parte no era sionista, consiguió 75 millones de dólares en menos de dos meses. El dinero se destinó casi íntegramente a crear las Fuerzas de Defensa Israelí (en hebreo, Tzahal).

Meir impuso el estilo propio de un kibutz: todos comían juntos, todos disponían del mismo salario, todos hacían el trabajo de todos. Golda solo pidió que la librasen de la aterradora obligación de elegir los muebles

Cuando ya pensaba que volvería a Israel, Golda recibió un difícil encargo: dirigir la embajada en la URSS. Recibió el nombramiento con disgusto: no hablaba ruso y se trataba de un puesto de representación no ejecutivo. Además, sus recuerdos de Rusia eran totalmente negativos. Sin embargo, Ben Gurion no atendería sus quejas, por lo que terminó cediendo. Ella era una mujer disciplinada, de modo que se iría a Moscú como representante de un estado pobre, pionero y asediado. En la embajada, Meir impuso el estilo propio de un kibutz: todos comían juntos, todos disponían del mismo salario, todos hacían el trabajo de todos. Golda solo pidió que la librasen de la «aterradora obligación» de elegir los muebles. Por lo demás, en Moscú experimentó un sentimiento casi desconocido: la inseguridad. Temía equivocarse en el protocolo o decir algo que perjudicara a Israel. Se sentía incómoda en una tarea que detestaba, pero le satisfacía la muestra de confianza que suponía ser embajadora en un país tan importante.

Se perfeccionismo provocó la reaparición de su complejo de ser poco femenina. Su secretaria Lou Kaddar, una joven judía nacida en París, le aconsejaba cómo vestir o maquillarse. Por primera vez en su vida llevó un collar de perlas, para lo que puso dos condiciones: que fuera prestado y solo en las recepciones diplomáticas. Desde el triunfo de la revolución comunista de 1917, Israel no tenía contacto con los judíos rusos y tres décadas después nadie sabía qué podían encontrarse. El judaísmo había desaparecido de la vida pública y, aunque se castigaba el antisemitismo (e incluso existía una sección judía del Par-

tido Comunista), el sionismo se consideraba un delito.

En sus siete meses en Rusia, Golda Meir intentó que Stalin facilitara la emigración a Israel, pero el dictador afirmaba que los judíos rusos no necesitaban irse porque en la Unión Soviética vivían sin estrecheces y eran libres. La realidad era muy diferente, pero ella poco más pudo hacer. En enero del 49, cuando aún Golda vivía en Moscú, Ben Gurion la eligió como ministra de Trabajo. Poco antes, había conseguido su acta de diputada en el parlamento, la Kneset, junto a otras diez mujeres (el 9,2 por ciento del total de los diputados). En el gobierno había entrado el Frente Religioso Unido, partido que se sobresaltó por el nombramiento de una mujer. Golda les recordó que Débora había sido juez del antiguo Israel, argumento que terminó por convencerlos.

Permaneció siete años en el ministerio con dos primeros ministros diferentes (Ben Gurion y Levi Eshkol) y demostró gran eficacia en la integración laboral y social de los inmigrantes que afluían al país. En particular, con ambiciosos programas de construcción de viviendas, decisión que la enfrentó a los ministros de Defensa y Agricultura. Estos exigían contar con los presupuestos más altos, pero Meir alegó que los recién llegados necesitaban un lugar donde vivir. «Los campamentos carecen de todo, son indecentes. Si queremos que se arraiguen deben tener un techo sobre sus cabezas».

Su popularidad iba en aumento, algo que ambicionaba. En particular, entre las mujeres judías, que llegaban a Israel con

sus amplias familias. Entre 1949 y 1951, la población israelí se duplicó hasta alcanzar 1,2 millones habitantes. El choque cultural supuso un desafío tremendo: diferentes orígenes (Centroeuropa, el Magreb, el Golfo Pérsico e incluso China), distintas lenguas y tradiciones, pero todos en una situación de indigencia. Además, en Israel vivían unos cien mil árabes palestinos y, aunque se les otorgó la ciudadanía, su integración también era complicada, por una desconfianza mutua que a veces se convertía en odio.

En junio de 1956, el moderado Moshé Sharet dimitió como ministro de Relaciones Exteriores y la cartera pasó a Meir. Las discrepancias entre Ben Gurion y Sharet —que había sido el anterior primer ministro— se centraban en el aspecto militar, ya que el primero quería responder con las armas a cada incursión árabe y el segundo deseaba mejorar las relaciones con sus vecinos. Al final, por supuesto, se impuso la voluntad de Ben Gurion, que buscó el apoyo de Golda para reforzar su política de hechos consumados. Meir llegó al ministerio poco antes de la invasión judía del Sinaí para controlar el canal de Suez. Esta crisis con Egipto comenzó en octubre y duró apenas nueve días. En el ataque participaron el Reino Unido y Francia, tan interesados como Israel en evitar la nacionalización del canal anunciada por el nuevo presidente, Gamal Abdel Nasser. Este había dado un golpe de estado contra el rey Faruq, aliado occidental, y se proponía crear un «nacionalismo socialista» uniendo a todos los países árabes. Además, reconoció a República Popular



China y pidió ayuda a la Unión Soviética para modernizar su ejército y construir la presa de Asuán. La alianza occidental atacó Suez y alcanzó en pocos días sus objetivos.

Su retirada, sin embargo, se retrasó hasta 1957, el tiempo necesario para que Israel se asegurara el paso libre de barcos y el final de las incursiones guerrilleras en su territorio. Sin embargo, ni el Reino Unido ni Francia evitaron la nacionalización del canal, cediendo el liderazgo en Oriente Medio a Estados Unidos. Este fracaso provocó la dimisión del primer ministro británico, Anthony Eden, y duras críticas en Francia contra el presidente De Gaulle. En su nuevo cargo, Golda Meir se unió siempre a las decisiones del primer ministro, tanto por lealtad como por supervivencia. Por ejemplo, su negativa a un alto el fuego con Egipto y sus amenazas de atacar El Cairo o la militarización permanente del canal. Solo la pre-

sión de los Estados Unidos y la URSS, que dijo que respondería a tales ataques contra un aliado, redujo la agresividad de Israel. Precisamente en esta época, fruto de su enfado con los norteamericanos y de las periódicas peticiones de Ben Gurion, cambió el americanizado Meyerson por el hebraico Meir.

Golda se mantuvo al frente de Exteriores durante una década (1956-66), que se recuerda por su gran actividad para lograr el reconocimiento de Israel por los países descolonizados en África y Asia. A todos se les ofreció establecer plenas relaciones diplomáticas, ayuda técnica y asesoramiento para crear un nuevo estado. Pasó entonces a ser la mujer más popular del país y la más conocida en el extranjero. Ben Gurion receló de Meir, por lo que comenzó a apoyarse en su joven ministro de Defensa, Shimon Peres (33 años), con el que planeó crear el centro nuclear de Dimona, com-

Golda había contribuido a la integración de miles de exiliados, participado en la resistencia anti-británica, firmado la declaración de independencia, servido como embajadora y diputada y ayudado a consolidar el sionismo

plejo industrial que aportaría la energía necesaria para desalinizar agua de mar y destinar a cultivos el desierto del Neguev... y también para desarrollar un programa de armas nucleares. Es decir, la energía atómica en vez del petróleo (combustible inexistente en Israel) y armas atómicas para defenderse.

Golda apoyó el proyecto Ben Gurion del Neguev y redujo su presencia pública. Dirigir la política exterior suponía ser la segunda persona más poderosa del país y ella no iba a renunciar voluntariamente. Multiplicó sus viajes al exterior, al tiempo que se dedicaba más al partido, el Mapai. Este conocimiento del partido le resultó provechoso años después en su enfrentamiento final con Ben Gurion, que terminó por abandonar el Mapai en 1965. A los 67 años, la trayectoria política de Golda había alcanzado a unas cotas imposibles de imaginar cuando llegó a Palestina en 1921. Había contribuido a la integración de miles de exiliados, participado en la resistencia anti-británica, firmado la declaración de independencia, servido como embajadora y diputada, y ayudado a consolidar el sionismo. Cumplía con eficacia su último trabajo como ministra —en el que llevaba nueve años—, el cargo más alto al que podía llegar con Ben Gurion en activo. En el plano familiar, sus nietos crecían y quería pasar más tiempo con ellos, también por saldar la deuda moral con sus dos hijos, a los que apenas había visto crecer. La época de la política activa tocaba a su fin y, aunque de mala gana, decidió abandonar todos sus cargos.

Golda Meir se convirtió así en la primera mujer en dirigir una democracia desarrollada y la tercera del mundo. Su reacción fue tremendamente humana: llorar

Como algunos rivales vaticinaron, el retiro apenas duró un año porque el incombustible Ben Gurion le pidió que intentara unificar todas las fuerzas de izquierda. El primer ministro la eligió por tres motivos: no pertenecía a ninguna corriente interna; evitaba el personalismo y era una sionista sin fisuras. En enero de 1968, con casi 70 años, Meir logró el objetivo que le habían pedido: fundar el Partido Laborista israelí a partir de la fusión del Mapai, el Rafi (nuevo partido de Ben Gurion) y la Unidad Obrera (de Yigal Alon). Ella fue elegida secretaria general laborista. Un año más tarde, Meir propuso una nueva coalición de centroizquierda para las elecciones legislativas de marzo. La unión de los partidos de derecha liderados por Menahem Begin en el Bloque Liberal (el Gahal) forzó la coalición izquierdista en el Alineamiento. Esta formación obtuvo 63 escaños (única mayoría absoluta lograda en Israel hasta hoy) por 26 del Gahal. Su victoria supuso la reelección de Levi Eshkol como primer ministro, un político moderado con el que Meir se entendía bien. Los acontecimientos, sin embargo, dieron un giro imprevisto.

1969-1974: PRIMERA MINISTRA

Israel sufría incursiones militares constantes de Siria en el Golán y de Egipto en el Sinaí, pero eran tan manejables que el debate público se centraba en las cuestiones internas. Pese a su mayoría parlamentaria, el gobierno de Eshkol sufría una inesperada debilidad provocada por la rivalidad entre Moshe Dayan (Rafi, centristas) y Yigal Alon (socialista), que pugnaban por controlar el laborismo. En busca

de estabilidad, Eshkol invitó a los conservadores a entrar en el Ejecutivo y a Begin le faltó tiempo para aceptar.

Uno de los objetivos del nuevo gobierno eran los acuerdos internacionales. En Francia, su aliado tradicional, había dimitido el primer ministro Georges Pompidou por las protestas de Mayo del 68. Además, los franceses ya habían abandonado la estructura militar de la OTAN, ya que De Gaulle temía que Estados Unidos no utilizaría armas nucleares para defender Europa por miedo a la represalia soviética. A Israel, el enfrentamiento entre París y Washington no le interesaba, por lo que apostó decididamente por los norteamericanos. Richard Nixon, recién llegado a la Casa Blanca, deseaba aumentar su influencia en Oriente Próximo y su secretario de Estado, Henry Kissinger (que era judío), le dijo que solo podía hacerlo reforzando su alianza con Israel, «la única democracia en Oriente Medio».

La política israelí parecía estabilizarse cuando Eshkol falleció debido a un paro cardíaco el 26 de febrero de 1969. Desde el primer momento, Golda Meir apareció como candidata a sustituirlo. Estaba apartada de la primera fila política, tenía amplia experiencia de gobierno y sería una primer ministro temporal. Los laboristas la presionaron para que aceptara, al menos hasta los comicios de otoño. La propuesta contaba con poderosos detractores, como el general Moshe Dayan, sustituto de Ben Gurion. A sus 54 años, Dayan quería ser primer ministro a toda costa: era un político idolatrado después de dirigir la aplastante victoria en la

guerra de los Seis Días y llevaba una década como ministro. ¿Por qué había que recurrir a una vieja gloria para dirigir Israel?

Meir se resistió. En parte por la debilidad del gobierno que debería conducir y en parte por hacerse de rogar. Muchas personas consideraban que una mujer de setenta años no era el mejor candidato para dirigir un estado de veintidós. Sin embargo, la pugna Dayan-Alon la convirtió en una solución de consenso. El 7 de marzo, se votó su candidatura: recibió setenta votos a favor y ninguno en contra. Los diez parlamentarios laboristas procedentes del viejo Rafi se abstuvieron. Por supuesto, con Dayan a la cabeza. Golda Meir se convirtió así en la primera mujer en dirigir una democracia desarrollada y la tercera del mundo. Su reacción fue tremendamente humana: llorar. Algo impensable en el irreductible Ben Gurion o en el carismático Dayan. En su autobiografía recuerda ese momento: «Hundí la cabeza entre mis manos [...] estaba aturdida. [...] ahora tendría que tomar todos los días decisiones que afectarían a las vidas de millones de personas. Por eso lloré». Pronto se recompuso y aseguró que permanecería al frente del gobierno solo el tiempo necesario. Según dijo, llegaba a primera ministra «porque así se habían presentado las cosas», afirmación inverosímil en alguien bregado en la política desde su adolescencia.

Nadie llega a dirigir un país si no tiene una profunda (y legítima) ambición. Meir poseía ambición e idealismo a partes iguales, pero también un liderazgo innato del que siempre



fue consciente, así que asumió el reto y se dispuso a gobernar. Un periodista del Haaretz le preguntó si se presentaría a las cercanas elecciones. Ella sonrió y, sin aclarar nada, le dijo: «Tengo mucho trabajo pendiente».

Sin cambios en el gabinete ministerial, el 26 de septiembre Meir viajó a Washington para conseguir que Nixon permitiera el desarrollo del programa nuclear de Dimona. La primera ministra afirmó que solo ese tipo de armas evitarían nuevos ataques contra Israel, pero que las utilizarían exclusivamente en defensa propia y como última opción. El simple hecho de que los judíos admitieran la posibilidad de una guerra atómica indignó a Kissinger y atemorizó a Nixon. ¿Acaso

|||||||
Toda su vida estuvo marcada por tres compromisos: su identidad judía, su compromiso político y su género. Era una mujer apasionada y carismática, esposa, madre y abuela, de la que Ben Gurion afirmó que era el único hombre de su Gobierno

tenían ya la bomba y querían garantizarse su respaldo por si la usaban? El presidente rechazó dar su visto bueno a la petición porque si los países árabes lo descubrían, las consecuencias en la región serían devastadoras. La primera, que la URSS facilitara esas armas a la otra parte (como había intentado en Cuba en 1962); la segunda, que ellos mismos la fabricaran a medio plazo.

Meir sugirió adoptar una postura ambigua. Es decir, ni confirmar ni desmentir la existencia del programa nuclear. A Estados Unidos le pareció que aceptar que Israel fabricara la bomba atómica era el mal menor, ya que al menos tendría una ventaja psicológica sobre los árabes.

La seguridad nacional era prioritaria, pero otros temas requerían la atención de Meir. En particular, una economía inflacionista que empobrecía sin tregua a los trabajadores. Estos confiaban en una subida de salarios y pensiones, tal como habían defendido los laboristas históricamente. Sin embargo, el realismo de Golda se impuso a su sindicalismo y, en vez de atender esas demandas, reprimió con fuerza las huelgas. El gobierno, dijo, no podía hacerlo todo a la vez: erradicar la pobreza sin subir los impuestos, absorber la inmigración sin que hubiera tensiones y desarrollar la economía sin liberalizarla. Se trataba de una pésima carta de presentación para las elecciones de octubre, que prácticamente se habían convertido en un

plebiscito sobre su persona. La vuelta al poder había reactivado su pasión política y sus opciones de vencer en los comicios empujaron a su partido a presentarla como candidata.

Después de una campaña agotadora, el 28 de octubre de 1969 Golda Meir ganó las elecciones. Con una participación de 82 por ciento, el Alineamiento perdió la mayoría absoluta, pero solo por cuatro diputados, lo que le permitiría buscar apoyos en partidos pequeños o, llegado el caso, establecer una alianza de gobierno. Golda optó por un nuevo gobierno de concentración en el que entró el Gahal. Se garantizaba así la estabilidad, pero a costa de nombrar veinticuatro ministros. Entre ellos, a los cuatro pesos pesados de Israel: Alon, Dayan, Begin y Peres. En política exterior, Meir cedió al pragmatismo y ofreció un alto al fuego temporal en Suez, inició conversaciones con Egipto, Siria y Jordania e intentó recuperar el apoyo de países africanos y asiáticos. Este último objetivo preocupaba a Golda, ya que suponía contar con más votos en la ONU, donde Israel se había quedado aislada. La política interior se mantuvo sin cambios: reconducir la economía y mediar entre patronal y sindicatos porque Israel se encaminaba a la división social entre israelíes judíos e israelíes árabes, entre laicos y religiosos, entre inmigrantes occidentales y orientales y, finalmente, entre ricos y pobres. ¿Cómo evitarlo? Recuperando el crecimiento y reduciendo el gasto militar, ya que desde la guerra de los Seis Días los países árabes se habían replegado.

En medio de la implantación de esas medidas, dos hechos gravísimos desafiaron al Estado: el atentado contra el equipo olímpico israelí en Múnich '72 y, sobre todo, la guerra de Yom Kippur del año siguiente.

ENTRE EL TERRORISMO Y LA GUERRA

Durante las Olimpiadas de 1972, el 4 de septiembre, en Alemania, un comando palestino llamado Septiembre Negro (facción de la OLP de Yasir Arafat), mató a dos deportistas judíos y secuestró a otros nueve, a los que asesinaron poco después. Sin apenas dudar, Golda ordenó atacar a la OLP en Siria y Líbano y diseñó un plan para asesinar a los autores intelectuales del atentado y a sus cómplices. «La violencia es la única lengua que entienden los árabes», afirmó. Pese a la gravedad y repercusión de la masacre de Múnich, el acontecimiento que modificó definitivamente sus años de gobierno fue una guerra, la de Yom Kippur, llamada por los árabes la guerra del Ramadán. Estalló el 6 de octubre de 1973 y se prolongó tres semanas. Los atacantes fueron Egipto y Siria, el primero para recuperar la península del Sinaí y el segundo para conquistar el Golán, territorio clave en la defensa de Israel.

Todo comenzó con un ataque sorpresa árabe sobre las posiciones judías en los territorios ocupados. Desde el principio se comprobó que aquella campaña no iba a ser el paseo triunfal de la guerra de los Seis Días. Las fuerzas israelíes retrocedieron desde el inicio y sus bajas crecieron sin cesar. Las derrotas continuaron hasta que Estados Unidos inició un plan de suministros para equilibrar el

Golda Meir desarrolló su carrera política en un tiempo donde todo estaba por hacer. Esto le permitió ascender en un mundo masculino

armamento árabe suministrado por Moscú. Pese a los negros augurios, Israel venció de nuevo.

La cuarta guerra árabe-israelí resultó traumática. Habían estado a punto de ser derrotados y eso significaba la desaparición. Su ejército ya no parecía invencible y los árabes demostraron haber aprendido de su inepta campaña de 1967. Sin embargo, no se culpó a Golda, a la que la ciudadanía consideró una víctima más de la torpeza militar. Pese a todo, Meir ganó las elecciones del 31 de diciembre de 1973. El Alineamiento perdió cinco diputados, pero aun así obtuvo el 40 por ciento de los votos, mientras que el derechista Likud (el nuevo partido de Begin) alcanzó el 30 por ciento de votantes y 39 escaños. Las elecciones no cambiaron la percepción general acerca de la imprevisión del gobierno en el conflicto. Se publicó entonces una investigación sobre el papel de las Fuerzas Armadas en la guerra llamado Informe Agranat. Este no acusó directamente a Golda, y concluyó que los militares habían actuado por su cuenta sin informar a la primera ministra. Ella pensaba que la estrategia militar había sido irreproachable; de hecho, se había vencido, pero miles de manifestantes invadieron las calles para pedir un nuevo gobierno. Para evitar nuevas elecciones y mantener al laborismo en el poder, Golda Meir dimitió el 11 de abril de 1974.

Su sucesor sería Isaac Rabin, ministro de Trabajo y ex embajador en los Estados Unidos. Su mayor mérito era algo que no había hecho: permanecer al margen de las decisiones de la guerra de Yom Kippur. El gobier-

no de Rabin apenas tuvo recorrido por las divisiones en el Alineamiento y el ascenso del Likud. En 1976, Begin ganó las elecciones y puso fin a medio siglo de dominio de la izquierda sionista. La generación que había logrado la independencia desaparecía de escena por envejecimiento.

GOLDA MEIR, LA LEONA DE JUDÁ

Meir desarrolló su carrera política en un tiempo donde todo estaba por hacer. Esto le permitió ascender en un mundo abrumadoramente masculino. Indudablemente, el socialismo le facilitó las cosas, ya que se trataba de una opción política con menos prejuicios de género. En el caso judío, reforzado por la necesidad de contar con cada persona para trabajar por la utopía sionista. Toda su vida estuvo marcada por tres compromisos: su identidad judía, su compromiso político y su género. Era una mujer apasionada y carismática, esposa, madre y abuela, de la que Ben Gurion afirmó que «era el único hombre de su Gobierno». Meir dejó la huella de una personalidad fuerte en una época clave para Israel y se convirtió en el símbolo de una generación que unió idealismo y pragmatismo. Una generación que cometió errores, pero que aprendió de ellos. En el caso de Golda, por su dificultad para dejarse aconsejar y por su inamovible política de los tres noes: no a la devolución de los territorios conquistados en la guerra de los Seis Días; no a la fundación de un estado palestino y no a las negociaciones con la OLP.

Su carácter y su liderazgo inspiraron a miles israelíes durante medio siglo, pero sus críticos la acusaron de seguir

una política equivocada que no trajo la paz. Ella pensaba que la supervivencia era previa a la paz y que Israel debía vivir cada día como si fuera el último. De este convencimiento nacía una descarnada concepción de la política que varias mujeres de origen judío vivieron de esa forma, pero en diferentes trincheras: la anarquista lituana Emma Goldman, la libertaria rusa Ayn Rand, la filósofa alemana Hannah Arendt o la propia Golda Meir.

Ella carecía del espíritu visionario de Ben Gurion y le faltaba la cultura política de Sharet. En oratoria no podía competir con Begin y Eshkol la superaba en formación y capacidad analítica. Sin embargo, poseía el atractivo que nace de la autenticidad, el carisma de ser fiel a sus principios... aunque a veces exigieran sacrificios mayúsculos, como la integración social de los inmigrantes. En 1974, año de su dimisión, Israel ya era un país diferente a aquél al que ella había llegado con 23 años. El antiguo consenso ideológico había desaparecido, los jóvenes no habían sufrido las penalidades de sus padres, pero se atrevían a cuestionarlo todo. En su época, la violencia era un arma política aceptada y despreciarla suponía quedarse en inferioridad. El mundo, en fin, afrontaba nuevos retos (la lucha por los derechos civiles, la carrera espacial o los tratados para limitar las armas nucleares).

Golda pensaba que ese mundo era egoísta y duro. Un lugar donde hasta las grandes potencias olvidaban la justicia si convenía a sus intereses. Por eso, decía, «debemos tener valor necesario para seguir viendo las

cosas tal como realmente son y obrar conforme a nuestros fundamentales instintos de autoconservación».

Hasta el día de su muerte (el 8 de diciembre 1978 debido al cáncer), pensó que la paz solo llegaría si Israel no abandonaba el proyecto de construir un estado democrático con suficiente fortaleza para ser respetado. Su entierro con honores de Estado se celebró en el panteón de los Grandes de la Patria en el Monte Herzl de Jerusalén. Para la posteridad dejó una frase que resume su pensamiento y su carácter: «La paz entre árabes y judíos llegará cuando ellos amen más a sus hijos de lo que nos odian a nosotros». Una frase de ida y vuelta.